Las mujeres en Latinoamérica: conatos de emancipación

Jean Franco

Uno de los indicios más nítidos de cambio en el último decenio radica en el lugar y en el papel de las mujeres en el seno de las sociedades latinoamericanas. Se vislumbra un movimiento de toma de conciencia durante los años noventa, tanto más intenso cuanto que afecta a los países más desarrollados. Muy acusado entre las clases medias, queda casi ausente de las capas bajas de la población, por lo menos en sus formas tradicionales.

Los movimientos feministas, en Latinoamérica, ostentan especificidades que los distinguen fuertemente de sus homólogos de Europa: éstos en efecto desarrollan las estrategias de un "feminismo de ricos", esencialmente urbano, centrado en los temas recurrentes del mundo occidental: el sida, la planificación familiar, mientras que los grupos latinoamericanos, por su parte, proponen acciones concretas vinculadas con la vida cotidiana. Son abundantes ejemplos de esa discrepancia y atañen lo mismo a mujeres de la clase media, a menudo liberadas de las penosas obligaciones domésticas por la presencia en casa de auxiliares, que a mujeres de las capas más humildes: en estos dos niveles se observa una continuidad original entre la vida privada y la acción pública, y las mujeres latinoamericanas, cualquiera que sea su estrato social, proyectan sus vivencias hacia otras esferas de la acción colectiva. En esto radica la gran originalidad de la incipiente emancipación de las mujeres del nuevo mundo.

Las mujeres de las periferias urbanas han colocado en el centro de su acción contra el estado o contra los propietarios la reivindicación contra la pobreza. Más que de la conquista de cualquier poder local o regional, se trata de una estrategia de sobrevivencia: las organizaciones femeninas se niegan a poner en entredicho el orden vigente para, a cambio, tomar por su cuenta la realización de programas de ayuda alimenticia con el objetivo de luchar contra la miseria y el hambre. Aparecen sobre todo en periodo de crisis aguda y a menudo se desvanecen luego y vuelven al anonimato. Numerosos grupos de mujeres, en ciertos sitios del continente, intentan multiplicar por acciones colectivas los recursos no monetarios o se esmeran en provocar la baja de los bienes de primera necesidad.

Las mujeres de las poblaciones chilenas o de las comunidades eclesiales de base en Brasil toman entre manos su destino colectivo al poner como prioridades el mejoramiento de las condiciones de existencia y la defensa de sus hijos sin que su lucha aparezca como tradicionalista o desprovista de un mínimo de conciencia política. Los "Comités del Vaso de Leche", en Lima, a partir de 1984, resultan significativos al respecto: organizados por el alcalde de la ciudad, se encargan de distribuir un millón de vasos de

leche por día a los niños y a mujeres que amamantan. Muy pronto, las mujeres se apoderan de la dirección del movimiento e instituyen una gestión muy eficaz, tanto horizontal como verticalmente, con delegadas elegidas que constituye una red de coordinación metropolitana. Elegida alcalde adjunta de Lima, la responsable, María Elena Moyano, es asesinada en 1992, probablemente por el Sendero Luminoso, el cual llevó a cabo ataques contra las cantinas populares y las tiendas de abastecimiento, manifestando de este modo la barrera casi insalvable que existe entre la acción política propiamente dicha, de cuño tradicional, y la andadura de esas mujeres: no puede ser más patente la incompatibilidad entre el concepto antiguo —masculino— de las luchas por el poder y el apego de las mujeres a los valores "domésticos" de orden, eficacia, abnegación y sacrificio de los cuales dieron deslumbrante testimonio.



Esa práctica "casera" y concreta contradice las luchas políticas habituales en nombre de un ideal de servicio, a través de un *savoir faire* colectivo por fin visible. ¿Sería antinómica de los movimientos políticos esa búsqueda de una cohesión social? ¿Los movimientos de mujeres de este tipo le hacen acaso el juego al poder instituido? Por supuesto, es dable plantear la pregunta, pero, cualquiera que sea la respuesta, cabe resaltar la originalidad de esos movimientos, el desinterés que mueve a la alianza con otros sectores sociales, el imperioso anhelo de ética que da al traste con toda tentación de poder y se sitúa en las antípodas de cualquier sistema de dominación, que sea militar o sexista. Se apunta la recurrencia de la reivindicación de la honradez, de lealtad, de fidelidad a la palabra dada, que suena como un compromiso moral, con mucho desajuste respecto a las luchas políticas tradicionales. La plena responsabilidad de los niños (muchas veces abandonada por los padres) confiere a esas acciones femeninas un impacto simbólico cuyo peso sigue siendo apabullante en periodos agitados.

Este mismo rigor ético no está ausente, ni mucho menos, de las luchas de la burguesía y de las clases medias, aunque aparecen de modo más o menos implícito las preocupaciones políticas. Cierta dosis de sentimentalismo frente al sufrimiento no hipoteca la sinceridad de una toma de posición que puede desembocar en una participación en el afianzamiento de la democracia.

Un ejemplo famoso, el de Evita Perón, bastará para ilustrar el fenómeno, aunque ya tenían las argentinas cierta experiencia del poder. Evita, con toda seguridad, se coloca en la línea tradicional de la esposa "complemento de imagen" para político, pareciendo al principio tangencial e indirecta su acción. Pero muy pronto la "abanderada de los humildes" le asigna a su actuación personal una original dimensión moral de lucha contra el sufrimiento y las injusticias. Portavoz de los excluidos y de los humillados, incita encarecidamente a los obreros de los suburbios de Buenos Aires a echarse a la calle el 17 de octubre de 1945 para reclamar el regreso de Perón. "Plenipotenciaria de los trabajadores", como se autoproclamó, los atrae hacia el bando de su esposo, provocando al mismo tiempo una adhesión importante de las mujeres a la causa peronista.

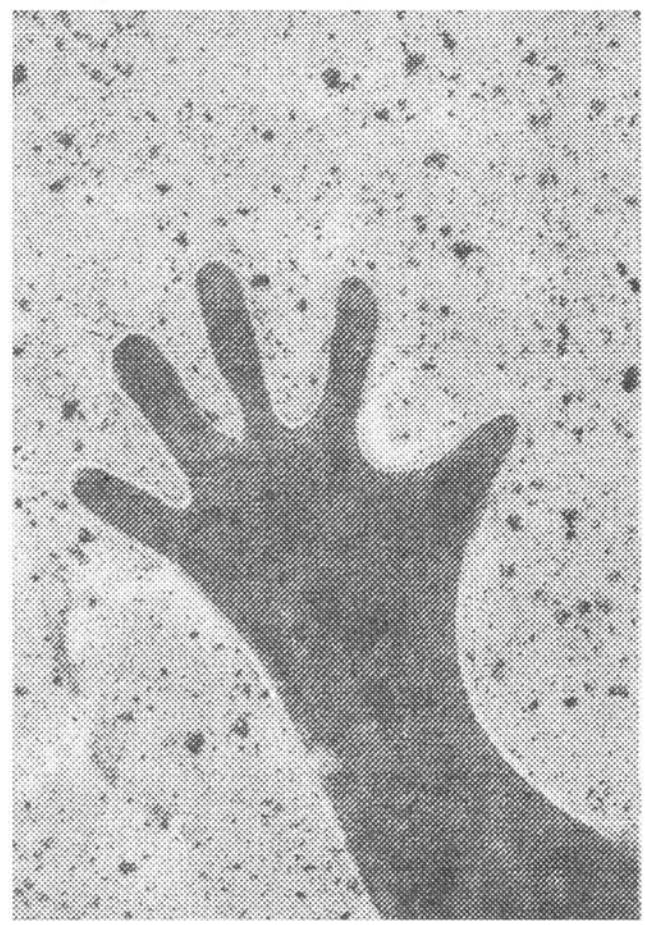
De hecho, Evita accede a la realidad del poder por delegación al guardar el contacto con los "descamisados", confiriéndoles el toque ético y desinteresado que constituye el verdadero cuño de la acción feminista en Latinoamérica. Se apodera del Ministerio

de Trabajo para poder quedarse a la escucha: viene a ser, ya desde 1948, la intérprete oficial de los obreros y de las mujeres, y revoluciona la ayuda social por la creación de la Fundación Eva Perón. De una acción marginal y, en realidad, complementaria, va a pasar a una acción política de tipo clásico con la creación, en 1949, del Partido Femenino, la cual desemboca en 1951 —fecha de la primera participación de las mujeres en los certámenes legislativos— en la elección de varias mujeres en el Parlamento (6 diputadas, 24 senadoras).

El caso de Eva Perón muestra que las mujeres pueden participar en la vida pública y a veces a ello se dedican, en Latinoamérica quizá más que en Europa, pero en formas más originales, con una personalidad más afirmada, proclamando implícita o explícitamente una oposición a todas las formas de dominación o de opresión. El mismo juego político no parece interesarles mayormente, pero llegan a constituir un aguijón por su exigencia moral y su denuncia indignada del sufrimiento.

Abandonando cierto desinterés o un diletantismo escéptico, parecería que hoy las mujeres se entregan más a las contiendas electorales y a la vida pública. Las cifras que ostentan las estadísticas de México en 1990 podrían quizá atestiguarlo aunque quede largo el camino hasta la paridad hombres-mujeres: un 57% de las mexicanas accedieron a los centros de formación entre 5 y 24 años, 40% tienen un nivel de estudios superior al de la primaria, 19.6% ejercen una actividad (48% de los hombres), esencialmente en el sector terciario (70% de la ocupación); 13% del Comité Ejecutivo Nacional del PRI lo constituían mujeres (24% para el PRD), 3 mujeres tenían ese año rango de ministras y 12 de secretarias de estado, 3 (¡de un total de 265!) estaban en los gobiernos de estados; 45 tenían un escaño en el Congreso (de un total de 564 senadores y diputados); representaban el 13% de los jueces federales y el 37% de los jueces del Tribunal Fiscal. A fin de cuentas, unos porcentajes relativamente bajos (que por cierto se fueron lentamente incrementando posteriormente), pero que indican un avance significativo: la evolución se vislumbra más en las mentalidades que en los datos brutos. Pero asoma nítidamente en las realidades de hoy el modo "femenino" de hacer política: para repetir la afortunada fórmula de Elsa Chaney (*Supermadre. La mujer dentro de la política en América Latina*. México, Fondo de Cultura Económica, 1983), la mujer que realiza acciones políticas se transforma en una "supermadre" que se ocupa de su hogar, siendo el "hogar" a la escala de la nación, del estado o de la ciudad: de todos modos sigue siendo el hombre el que en última instancia manda en casa y toma las decisiones importantes. Una manera defraudante de participar, quizá, pero que indica una ligera evolución y subraya un dato ya observado en Latinoamérica: la relativa ausencia de separación entre vida pública y vida privada.

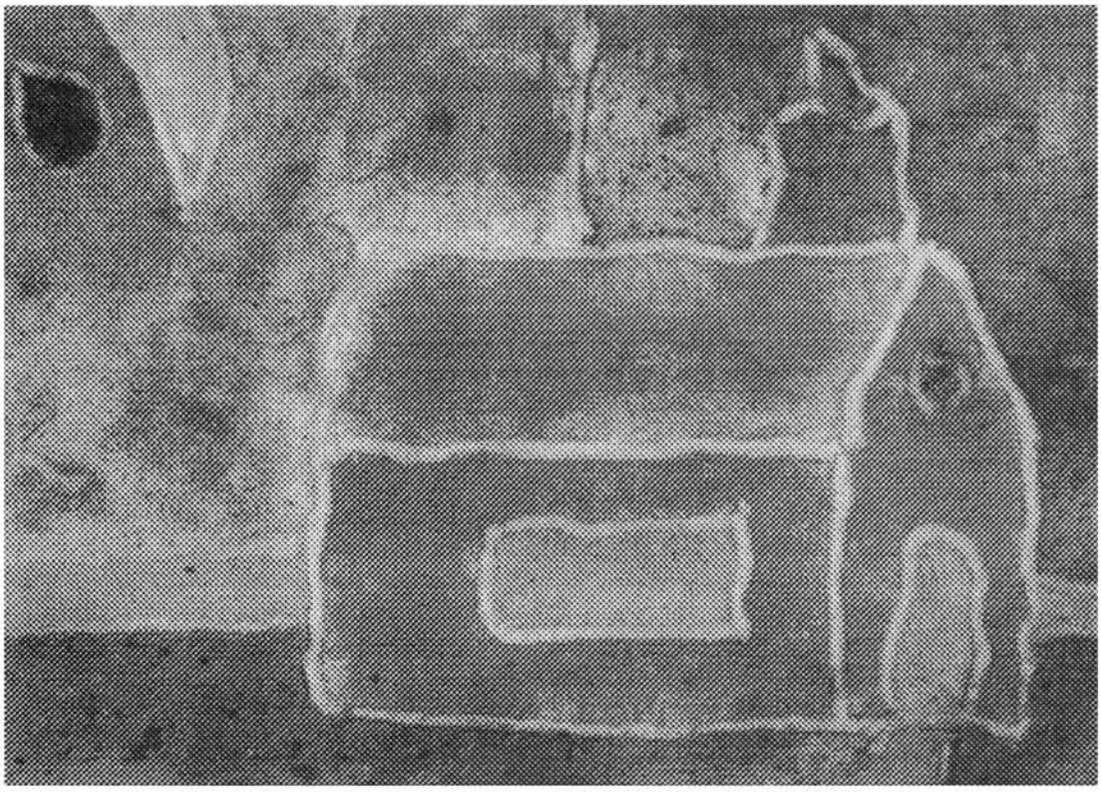
En realidad, a pesar de su progresión innegable, el influjo de las mujeres penetra poco en el universo de las fuerzas políticas organizadas, y tampoco hace mella en el poder masculino en la esfera económica, en especial en lo que concierne al comercio y a la organización, al desarrollo o a la prospectiva. Cabe decir que, cuando se habla del continente, los términos generales no siempre se avienen con tal o cual situación particular y cambian mucho las situaciones de una región a otra, de un país a otro: las mujeres peruanas, más bien pasivas y conservadoras (en conjunto), no alardean de la misma combatividad de sus vecinas chilenas, las cuales, en el curso de los años sesenta y setenta, salvaron pasos importantes, ni tampoco se movilizan como hicieron frecuentemente las argentinas, en circunstancias a menudo trágicas (piénsese en las madres de la Plaza de Mayo, que vendrán a ser verdaderos interlocutores políticos).



Isabel Perón y Violeta Chamorro dirigieron algún tiempo sus respectivos países y también se puede hacer

erencia a admirables figuras como son Rigoberta Menchú o Domitila de Chungara o a notables heroínas de lo cotidiano que participaron, por ejemplo, en los talleres de resistencia a la dictadura en Guatemala (1980-1991), en El Salvador (1983-1989) o en Chile (1973-1983), cuyo objetivo era, entre otros, el asegurar un salario mínimo a hogares afectados por la represión.

Parecería, a veces, que se observa una carencia de continuidad, tendiendo las mujeres a retirarse del teatro de las operaciones tan pronto como se apaciguan algún tanto las situaciones, manifestando así su falta de apetito por el ejercicio del poder en sus formas clásicas.



Sea lo que sea, la emancipación de las mujeres parece irremisiblemente en marcha, así como lo testimonia la multiplicación de encuentros y de congresos en que se enfrentan las diferentes concepciones, desde una autonomía defensiva hasta una toma de participación decidida en todos los sectores, sin olvidar la alianza con otros sectores sociales. Las investigaciones teóricas progresan pero acecha la institucionalización con su cortejo de esclerosis. De todos modos, la voluntad de poder de las feministas ha dejado de ser un vergonzoso tabú y las solicitudes de "discriminación positiva" se suceden, cada vez más numerosas (cupo de 30% de mujeres en Argentina, 30% también para el Partido de los Trabajadores en el Brasil, y las uruguayas del Partido Socialista, 25% para el Partido Colorado de Paraguay, 20 % para el Partido de la Democracia en Chile, etcétera).

Se instala paulatinamente una red continental, que reclama, por ejemplo, la despenalización del aborto e instituye el 25 de noviembre como día de la violencia ejercida contra las mujeres (demanda de leyes específicas contra el hostigamiento sexual, la violación, las violencias domésticas). Hacer política de otra manera es el objetivo declarado de la corriente "posibilista", orientada hacia la mejoría de la vida cotidiana, con un proceder que atestigua una gran madurez y una notable conciencia política. Aunque las bajas capas de la sociedad permanecen bastante impermeables a las reivindicaciones feministas, se perciben nítidos anuncios que dejan augurar unos adelantos en la condición de las mujeres.

Se nos objetará, sin duda, que tal presentación peca de optimista y que el camino por recorrer es muy largo. De vez en cuando, por cierto, algunos hechos vienen a recordar que las mentalidades no se cambian en el espacio de una sola generación: las malas costumbres, los intereses creados, la pasividad y la interiorización de una inferioridad "atávica" (a menudo propalada por las mismas madres con sus hijas) son otros tantos frenos a la evolución. El poder machista no se deja tan fácilmente recortar, sigue resistiendo. y se perpetúan sus manifestaciones más significativas y retrógradas: una estadística anunciaba en noviembre de 1997 que el 60% de las mujeres de México eran golpeadas, por supuesto en todos los estratos de la sociedad, no siendo el dato únicamente el indicio de una alineación debida a la pobreza. Y es muy probable que los demás países de América Latina presenten cifras parecidas. A pesar de la dificultad del combate, las mujeres van en camino de lograr el acceso a la igualdad, notablemente por su participación cada vez mayor en la vida económica. ♦

